

E. MIRET MAGDA LENA

Los tres aldabonazos que daba la jerarquía católica española, y que comenté en mi anterior artículo, podrían ser ampliados a otros varios de gran importancia concreta en nuestro país.

Uno ha sido la reflexión en común de teólogos y obispos para plantearse la situación de la fe en España, con el fin de preparar la próxima Asamblea Episcopal.

Otro, el documento de los obispos catalanes pidiendo el desarrollo de los principios de la encíclica de Juan XXIII "Pacem in Terris" aplicada a todos los niveles en nuestra Patria, y expresándose su principal mensaje en estas palabras: "Por amor a la justicia y a la paz, y por respeto a nuestros trabajadores, anhelamos para nuestra Patria una mayor rapidez en la aplicación de las exigencias de este lema pontificio —la promoción de los derechos del hombre, camino hacia la paz— que hoy centramos en el área del trabajo. Cierta acentuación de los conflictos laborales, que a menudo vienen a exponernos directamente los propios trabajadores en busca de apoyo moral, nos hace pensar que aquella promoción de los derechos humanos no ha hallado todavía cauces suficientes de realización en nuestro ámbito laboral".

También es necesario aludir a la nota oficial del Cardenal Jubany, como Administrador Apostólico de Gerona. En esta nota dice una cosa que ha sido tradicional en nuestro catolicismo español del siglo XVI: la actuación dependiente sólo de la jerarquía eclesiástica de los sacerdotes que pronuncian homilias en las misas. No quiere esto decir que la autoridad eclesiástica avale todas y cada una de las palabras de un sacerdote, sino que recaba como última apelación el juicio de la jerarquía eclesiástica, al valorar estas enseñanzas sacerdotales. Se basa en el artículo 35 del Concordato y el Código de Derecho Canónico, expuesto por este Cardenal, que, además, es especialista en el Derecho de la Iglesia.

Pero quizá la mejor manera de hacer un examen crítico de nosotros mismos, los católicos españoles, sería acudir, creo yo, a las reflexiones del obispo Pildain, que acaba de fallecer, y que en el año 1944 publicó en Canarias un libro recogiendo todas sus principales pastorales dedicadas a la cuestión social, en el más amplio sentido de esta palabra.

En ellas, este prelado español aborda los temas concretos que en su contexto canario le inquietaban por aquella época, algunos de los cuales tienen resonancia general e incluso mundial.

Se preocupó este obispo de los obreros sin trabajo, de los fautores del comunismo, de la moderación en la administración y de los principios fundamentales y concretos para resolver la justicia social.

La primera cosa que hace este obispo es contestar a la pregunta, que constantemente le hacían en Canarias, de por qué intervenía en cuestiones concretas de la vida de la so-

ciudad. Igual que hacen ahora todos los obispos españoles, Monseñor Pildain replicaba, con su solitaria voz de aquellos tiempos, diciendo que los Papas le habían dado ejemplo de esta inquietud en sus encíclicas, las cuales no solamente hablaban de forma vaga y muy general, sino que concretamente se referían a los problemas de la sociedad mundial de su tiempo. Y por si todavía esto fuera poco, existe —decía— un título previo por el cual todo ser humano que sea cons-

DENUNCIA PROFETICA

ciente y responsable tiene, "a título de humanidad", que ocuparse de los problemas que afectan gravemente a los demás. Escribía así: "Y si todavía quedase alguien que, rechazando tan convincentes razones y autorizados testimonios, se empeñase en continuar preguntando que con qué título intervienen Iglesia y obispos en cuestiones —por ejemplo— como la del paro obrero, habríamos de responderle que a título de humanidad, aun en el supuesto de que no tuviesen otro alguno".

Se refiere también este obispo a las discusiones de economistas y políticos sobre la baja o alza de valores de la Bolsa, a la elevación o disminución de la tasa de descuento por los Bancos, al desequilibrio entre la producción y el consumo; y dejando aparte los aspectos técnicos de estas discusiones, lo que no puede comprender este obispo es que se quemasen entonces, en la Argentina, millares de quintales de trigo para evitar que su precio bajase en el mercado mundial; o los millares de toneladas de maíz que en el Canadá se destinaban a combustible, y los millones de sacos de café que se arrojaban al mar en el Brasil, todo por la misma causa o razón, cuando, sin embargo, en el mundo hay millones de hombres y mujeres que padecen hambre y se encuentran en la miseria. Todos, a cualquier nivel, tendríamos que reflexionar sobre esta inhumanidad con que miramos las cosas económicas, buscando el modo de encauzarlas con sentido social, ahondando en las posibilidades técnicas que nuestra época nos proporciona, y no quedándonos en frases simplistas, como a veces también es verdad que se queda la jerarquía eclesiástica. Nosotros, los seglares, tenemos que ir más adelante y razonar técnicamente para conseguir el bienestar social, no parándonos en la simple lamentación.

Son muy curiosos también los párrafos que, basándose en el Papa Pío XI, dedica a los que promueven el comunismo. Para él, esta solución social no se promueve con la propaganda, sino con la injusticia de los

hombres y, en particular, de los católicos. Incluso critica este obispo el anticomunismo frecuente en los creyentes, diciendo que la solución egocéntrica y de lucha competitiva es su mejor propagandista indirecto. "No hay táctica más nefasta contra el comunismo —dice este obispo, con el lenguaje un poco ingenuo, pero realista— como el terco egotismo suicida empeñado en mantener a toda costa... los abusos reales, causados por la economía liberal y la actual injusta distribución de los bienes terrenos, sobre todo cuando se llega al criminal despropósito de aseverar que el mantenimiento inmutable de este statu quo es un postulado exigido por los principios de la doctrina social católica". Los fautores, además de las posturas más radicales y violentas, son, por otro lado, "los ególatras sucesores nefastos de aquellos otros que no cuidaban sino de aumentar sus riquezas de cualquier manera, buscándose a sí mismos sobre todo y ante todo", y "los plutócratas, sobre todo cuando se crean enormes poderes y una prepotencia económica despótica en manos de muy pocos".

Cuántas reflexiones no podrían hacer los católicos bajo estas palabras, un poco paternalistas e ingenuas, pero de gran fuerza humana y que están por encima de la ideología concreta que pudiera sustentar este obispo.

En relación con la administración de los Estados modernos, dice: "Los gobernantes, al elaborar los presupuestos estatales y distribuir los millones destinados a los mismos, deben hacerlo no guiados por sus mayores o menores simpatías ideológicas o partidistas, ni por su mayor o menor afinidad con ciertos organismos, sino atendiendo exclusivamente a las mayores o menores necesidades, es decir, al incremento del público bienestar". Deben estos Estados modernos dar "ejemplo de una sobria y prudente administración, que no les permite servir de elementos de provocación desmoralizadora en medio de una sociedad que... viera... verles derrochar las riquezas que le extraen".

Todas estas enseñanzas concretas las basa en dos grandes principios sumamente prácticos: El primero es que "las cosas que algunos tienen sobreabundantemente se deben por derecho natural al sustento de los pobres", como afirmó hace ya siete siglos Santo Tomás de Aquino. No se trata con ello de organizar un nuevo sistema limosnero, más o menos técnico y modernizado, sino de establecer inteligentemente el cumplimiento de una justicia para todos, y el ejercicio de un derecho también para todos, y principalmente para los más desatendidos económicamente. Por eso, dando un paso más, este obispo, en pleno Concilio, pidió que en el frontispicio del edificio de la ONU figurase este lema de los teólogos católicos más tradicionales: "En caso de necesidad, todo es común", y se aplicase a individuos, grupos sociales y naciones, de modo que no hubiera entre ellos las desigualdades injustas que existen hoy.